

Sobreviviendo a la facultad, tratando de sobrevivir a la pérdida



Leyri Lizeth Gálvez García
CAEM UAeh
ga470958@uaeh.edu.mx

Es bien conocido que el ser humano es un ser sociable por naturaleza, que, aunque muchas veces reconoce que es bueno estar solo también necesita una red de apoyo, más si se encuentra estudiando una licenciatura un tanto compleja, como lo es la Licenciatura de Médico Cirujano.

En mi caso, siempre me ha gustado interactuar con las personas y, aunque mi familia es muy importante para mí, también lo son mis amigos. Uno de los momentos inolvidables de mi vida fue cuando me enteré de que era una “aspirante seleccionada”, a pesar de que eso incluía irme a otra ciudad y dejar a mis seres queridos, nunca me sentí sola.

Mi primer día en la facultad fue increíble. Recuerdo el nerviosismo y la emoción de estar ahí, iniciando el camino de un sueño que había estado presente a lo largo de mi vida. Hice amigos, muchos futuros colegas, aunque mi cercanía fue más notoria con 2 personas. Esos 2 amigos se volvieron mis hermanos, mi red de apoyo, mi sostén y mi inspiración. Compartimos muchas cosas por las que nuestra unión se hizo verdaderamente fuerte.

Como en todo, empezaron a surgir diferencias que parecían no tener solución. Éramos tres y dos de nosotros tomamos distancia porque ya no podíamos seguir el ritmo de nuestro otro amigo.

Sin embargo, el tiempo volvió a juntarnos y, aunque nuestra amistad había cambiado, seguía permaneciendo.

Todo parecía ir bien. Volví a acercarme a él, volvíamos a salir juntos, a rescatarnos de problemas, a contarnos secretos. Mi corazón lo había extrañado, y que estuviera nuevamente en mi vida me hacía feliz. No obstante, mi amigo no había dejado de lado los motivos por los que nos habíamos alejado desde un principio. Tenía la esperanza de que dejará de lado todo ello, pero nunca sucedió...

Un domingo 10 de noviembre de 2024, antes de irme a trabajar, recibí una noticia que cambiaría mi vida por completo. Mi amigo, quien había estado presente desde que inicié la carrera, de quién me había alejado por no poder seguirlo, pero que al final me había vuelto a reencontrar, había fallecido.

Nunca había experimentado la pérdida de una vida humana, NUNCA, y que la primera vez fuera alguien con sueños tan parecidos a los míos, me destruyó. Estaba en mi casa, con mi mascota, estudiando porque al día siguiente empezaba mi semana de exámenes, y solo recuerdo cómo estuve casi a nada de desvanecerme. Quise dejar de lado mis emociones y presentarme a trabajar, pero, obviamente, por las condiciones en las que estaba, me regresaron a mi casa.

El resto del día no dejé de llorar, no pude seguir estudiando. Solo pensaba en cómo llegaría a la que solía ser su casa para poder despedirme; quería regresar el tiempo y que la vida me permitiera darle un último abrazo a mi amigo, a quien había visto el viernes antes de que falleciera, pero que nunca imaginé que sería la última vez que lo vería.

Ahí estuve, no pude evitar desbordarme en llanto, y más al ver a mis demás amigos presentes. Seguía sin creerlo, quería que todo fuera una pesadilla y poder despertar de ella, pero no lo era.

Esa noche, después de todo, me fui a Pachuca, donde está la Universidad, con el alma dolida, sin ganas de hacer nada, sabiendo que al otro día debía regresar porque sería la despedida final. Tenía los ojos hinchados, la visión borrosa y una debilidad física indescriptible. No tenía apetito. Esa noche, el insomnio se hizo presente, y recuerdo que, antes de quedarme dormida, recordé que al otro día empezaban las evaluaciones finales, y por primera vez, estaba dispuesta a perderlo todo.

Desperté el 11 de noviembre, con el mismo dolor y con ganas de seguir llorando. Estaba acostada en mi cama. De repente sentí una brisa que me recordó a él. Me puse a pensar que, a pesar de todo, él siempre había querido que yo estuviera bien, que fuera feliz y que siguiera logrando mis sueños. Lloré por eso, y comencé a estudiar. Presenté el examen y después me fui a donde solía ser su hogar para despedirme, esta vez, para siempre.

Hicimos su último pase de lista, vimos el hermoso atardecer aparecer y nos fuimos. Se volvió un 11:11, y aunque tiene muchos significados, yo decidí relacionarlo con la conciencia física y espiritual.

Aunque esa semana fue de las más complicadas de mi vida, me dirigía a él y le pedía fuerza, porque yo sentía que me desmoronaba y todavía me faltaban exámenes por aplicar. Trataba de recordar todo lo que él hubiera querido que hiciera y eso me motivaba a leer mis apuntes y estudiar, y de verdad funcionaba. Esperaba las notas más bajas de ese semestre, pero en todas mis evaluaciones finales me fue bien. No reprobé ninguna y ello significaba que podía regresar a casa.

Aprendí, de una forma bastante dura, que la vida siempre puede ponernos a prueba. Perder a un pilar no solo fue una pena, sino un desastre que me destruyó y que se vio reflejado en mi apariencia física y en estabilidad emocional.

En medio de ese dolor, encontré una verdad que se convirtió en mi ancla: él nunca hubiera querido verme caer, sino todo lo contrario. Su recuerdo se volvió una voz que me motivaba a seguir. Mi amigo se transformó en una de mis motivaciones más poderosas. Muchas cosas las he hecho en su memoria: cada tema dominado, cada pregunta respondida correctamente era un homenaje a nuestra amistad.

La resiliencia no es evitar el dolor o pretender que todo está bien, sino encontrar el propósito de este. Es transformar. Es pedir ayuda. Es permitirte llorar y después continuar, no por obligación, sino por todo lo que él creía que yo podría lograr.

Así que, cuando el duelo llegue a tu vida, no huyas. Abrázalo, siente tú dolor, pide ayuda y elige convertir ese amor y amistad hacía esa persona en un legado. Permite que el cariño y los valores de tu amigo, en conjunto con los tuyos, te impulsen a ser más fuerte, compasiva y determinada.

Yo sé que él ha estado presente en todo lo que he logrado, y siempre lo estará.